

ENTRE LA CITA Y EL ENCUENTRO, EL NOMBRE

(Los nombres de Borges)

Luis Prieto



Si citamos un autor es para autorizarnos en su nombre. La cita también puede ser un modo de la cobardía. El anonimato del neurótico que se avergüenza de su deseo inconfesable. El nombre debe atravesar un juicio. Es lo que podría llamarse específicamente íntimo. El nombre nos afecta en su retorno del campo del Otro que nos preexiste en su deseo. Si hay deseo más allá de la demanda es porque en el nombre se apela a ese juicio de atribución. No hay testimonio que no sea en nombre propio. Si la escritura puede alcanzar esa dimensión es por lo que hay de invención poética en *lalangue*.

La genialidad de Borges tiene que ver con aquello que lo pone en línea con la tragedia. Su ceguera que es parte de su literatura. Los juegos de espejos infinitos, un sueño dentro de otro sueño y la topología inagotable que tanto amamos los psicoanalistas. Si Ulises fue un héroe es gracias a que su artífice se contaba entre los incapaces para la guerra del mundo helénico. Esa indignidad de Homero fue lo que le sirvió a su vez para convertirse en literato. La identificación de Borges es una invitación a jugar con el nombre de aquel autor *ho me horón, el que no ve*. Aunque también proviene del hijo de prisioneros de quien se dudaba lealtad, es decir, valentía en el campo de batalla. Quizás no sea tan casual que adivinemos un hilo de Ariadna entre este poeta y un tal Joyce que le entrega a Lacan la pista del *sinthome*.

Con justa ironía Borges podía burlarse de la *maldición* que acompaña al nombre. Un buen ejemplo se encuentra en *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges* de Sorrentino. En aquella entrevista le pregunta cómo se sentía con el hecho de ser reconocido por la calle. “Me es grato saludarme con desconocidos”, admite el Borges de 1972 y enseguida recuerda un encuentro casual con el boxeador Andrés Selpa. “Yo salía de un restaurante y Selpa me reveló su existencia y me abrazó. Yo me sentía ligeramente incómodo, pero, al mismo

tiempo, agradecido, ¿no? Selpa, en vez de llamarme Jorge Luis Borges, me llamó José Luis Borges, y yo me di cuenta de que eso no era una equivocación, sino una corrección. Porque Jorge Luis Borges es muy duro; en cambio, José Luis Borges suena más atenuado. ¿Por qué repetir un sonido tan feo como *orge*? Creo que no urge repetir orge, ¿no? Creo que, a la larga, yo voy a figurar en la historia de la literatura como José Luis Borges”.

Aquella cita fallida y acertado encuentro con otra bestia pop (como diría el Indio), es la ocasión para que Borges se permita jugar un poquito con la resonancia del nombre del padre.

Entre los cuentos borgeanos me fui encontrando con algunas otras perlititas, de esas que nos enseñan a los psicoanalistas. Un libro que me convocaba desde alguna que otra ejecución fallida de la guitarra: *Para las seis cuerdas*. Allí hay un experimento de lunfardo que pone a Borges en la serie de Martín Fierro o la comedia del Fausto gauchesco. Un cancionero popular que sabe también de milongas. Una creación particular: *Milonga de Jacinto Chiclana*. Para colmos la asociación musical del poema se enlaza a otro genio: Astor Piazzolla. Otra prueba¹ de que no hay complementariedad (sexual) en las relaciones creativas.

Algún que otro rumor dice que Borges se burlaba del músico nombrándolo Pianola. Aún así nos regalaron algo que la voz de un Edmundo Rivero podía grabar. La cosa no puede empezar mejor:

*Me acuerdo. Fue en Balvanera,
En una noche lejana
Que alguien dejó caer el nombre
De un tal Jacinto Chiclana.*

Qué modo de traernos un significante cualquiera en ese “un tal”! Dejar caer un nombre es del orden de la confesión. La cita, además de ser la evocación de un nombre, puede ser también una manera de referirse al duelo entre dos hombres. Citarse a determinada hora para el combate mortal.

*Algo se dijo también
De una esquina y de un cuchillo;
Los años nos dejan ver
El entrevero y el brillo.*

1 En la que contaría tanto a las estables como Lennon y Mc. Cartney, o las fugaces como Charly y Spinetta.

Y sigue:

*Quién sabe por qué razón
Me anda buscando ese nombre;
Me gustaría saber
Cómo habrá sido aquel hombre.*

Podemos apurar alguna razón. La razón desde Freud, la que funciona por las leyes del lenguaje. Que promueven un deseo de saber. De saber sobre aquel sujeto. El sujeto al que se le suponen aquellos brillos pretéritos unos versos atrás.

*Alto lo veo y cabal,
Con el alma comedida,
Capaz de no alzar la voz
Y de jugarse la vida.*

Borges lo supone de características ideales, pero sobretodo con una capacidad que le resultaba ajena quizás. Sólo el valiente no necesita alzar la voz para batirse al duelo del puro prestigio.

*Nadie con paso más firme
Habrá pisado la tierra;
Nadie habrá habido como él
En el amor y en la guerra.*

*Sobre la huerta y el patio
Las torres de Balvanera
Y aquella muerte casual
En una esquina cualquiera.*

*No veo los rasgos. Veo,
Bajo el farol amarillo,
El choque de hombres o sombras
Y esa víbora, el cuchillo.*

La descripción de la escena trágica en la que el héroe se vuelve inmortal sólo puede articularse con la maestría de Borges.

*Acaso en aquel momento
En que le entraba la herida,
Pensó que a un varón le cuadra
No demorar la partida.*

*Sólo Dios puede saber
La laya fiel de aquel hombre;
Señores, yo estoy cantando
Lo que se cifra en el nombre.*

¿Qué se cifra en el nombre? Jacinto tiene una carga apolínea. Quizás Chiclana es una referencia casi burda al chiclan, hombre castrado en relación a la anatomía masculina que simboliza la valentía. Un misterio que puede incluir algún que otro recuerdo encubridor de Macedonio Fernandez.

*Entre las cosas hay una
De la que no se arrepiente
Nadie en la tierra. Esa cosa
Es haber sido valiente.*

*Siempre el coraje es mejor,
La esperanza nunca es vana;
Vaya pues esta milonga,
Para Jacinto Chiclana.*